do el estatuario con aquella narracion, olvida los sarcasmos incisivos que tantas veces este hombre habia proferido contra él, y le pregunta qué cantidad necesita para conservar el honor y la libertad. Si dentro de dos horas no encuentro 3000 francos, soy perdido.—¡3000 francos! responde el artista, es muy grande la cantidad.....

Acabando de decir estas palabras, abre su papelera en la que apenas encuentra con qué completar el dinero pedido; viene á donde está el solicitante y le dice: Ahí teneis los 3000 francos que necesitais. Bien sé que sirvo á un ingrato, mas esto á vos es á quien le importa. Id á salvar á vuestra muger y á vuestros hijos de la desesperacion y de la miseria.

GARRICH.

Un hombre generalmente estimado en Londres habia pedido prestado á Garrich una suma de 500 libras esterlinas (1) de las que le habia dado recibo. Poco tiempo despues la fortuna de aquel hombre se comprometió con quiebras inesperadas.

Sus parientes y sus amigos, queriendo sacarlo de apuros se ocuparon en fijar dia para reunirse á hacer la lista de sus acreedores, con quienes querian entrar en arreglos.

Fué informado de esto Garrich y lejos de sacar ventaja de aquella circunstancia que le aseguraba el pago de su crédito, metió el pagaré de su deudor en una carta que le mandó y que contenia lo siguiente:—Sé, señor, que reunis hoy á vuestros amigos. Habria apreciado mucho ser de la partida, os suplico pues, que me permitais concurrir á la reunion. Como hace frio, tendreis para recibirlos que encender mucho fuego: os mando un papel que servirá de combustible.

---

[1] Cada libra vale 25 francos.

LA SEÑORITA BARRAU.

La señorita Barrau, hija de un magistrado de Cahors, destinó todo su capital á socorrer á los desgraciados. Empleó todo su patrimonio en obras de caridad: abrió una casa de instruccion y trabajo para los hijos de la miseria; recibió á los jóvenes que por sus cuidados aprendieron á leer, á escribir, conocer y practicar sus deberes religiosos. La auxiliaban tres compañeras en su obra, y tambien venian en su ayuda algunas personas caritativas. ¿No temeis, le dijo una persona de sus conocidos, que los niños por los cuales se os promete una corta pension, os sean gravosos? ¿Qué haceis, vos que habeis adoptado tantos hijos de la miseria si vienen ellos á caer en vuestros brazos?—Seria indispensable recibirlos, replicó ella con aquella sencillez y aquella franca alegría en la que se retrataba toda su alma. A este establecimiento honroso unió otras obras que apenas bastaban á su ardiente caridad. Se le vió distribuir socorros á los enfermos indigentes y á las mugeres pobres que estaban de parto; visitar las cárceles, y dedicarse principalmente á consolar y preparar para la muerte á los que debian sufrir la pena capital.

Hace pocos años que una infeliz, próxima á subir al cadalso, y encontrando con dificultad la resignacion al lado de su piadosa consoladora, le abrió por fin todo su corazon en estos términos: Moriria tranquila si pudiera pensar que recogeriais á mis tres pobres hijas. Podia esta proposicion alarmar á la mas intrépida caridad ¡hacerse la madre adoptiva de las hijas de una muger castigada con el patíbulo! Era esto desafiar á una preocupacion, injusta sin duda, pero tan arraigada en la mente de muchas personas, que se necesitaba valor para tener relaciones continuas con estos seres desgraciados. Pues bien, la Señorita Barrau no titubeó; se encargó de instruirlas, y alimentarlas; las habituó al trabajo, consiguió establecerlas, y se les ve ahora corresponder á los cuidados que se tomó, con una exelente conducta.

Esta virtuosa jóven, es tan modesta como generosa: no ha sido revelada su beneficencia sino ignorándolo ella, y se afligió cuando supo que sus obras de caridad se habian publicado.

MADAMA HOWARD.

Howard, caritativo inglés, se habia casado con una mujer cuya alma se parecia á la suya. Un dia en que se ocupaba él en arreglar la cuenta de uno de sus corresponsales, advirtió, contra lo que esperaba, que el corte ò balance resultaba en su favor. Propuso desde luego á su muger emplear aquella cantidad en hacer un paseo de recreo á Londres. ¡Cuán preciosa cabaña se pudiera construir para una familia pobre con el dinero que vamos á gastar! Tal fué la respuesta de madama Howard. Se siguió el exelente consejo; una buena accion vale mas que el placer de un viaje.

EUGENIO.

Un pobre labrador de las cercanías de Amboisé, habia dejado al morir una muger y cuatro hijos pequeños en completa miseria; la muger no tardó en seguirle al sepulcro.

Se reunió la familia y se repartieron los tres niños mayores, pero nadie quiso encargarse del cuarto, de seis meses de edad. Se separó de la reunion uno de los parientes para ir á tomar consejo de un eclesiástico que en un castillo vecino educaba dos jóvenes.

El eclesiástico no encuentra otro arbitrio que enviar al desdichado huérfano al Hotel-Dieu de Blois, ó al hospicio de Tours; pero Eugenio, uno de sus discípulos, de cosa de doce años de edad, dijo al momento: yo me encargo del niño; vamos á verlo.

Su preceptor, para probarlo, le pone la dificultad de que no seria él capaz de soportar el gasto, y que además su padre estaba encargado ya de cuidar de una multitud de pobres.

¡Qué! mi buen maestro, responde Eugenio con vivacidad, ese labrador que viene á consultaros con la mayor confianza y que apenas puede alimentar á su familia, encuentra en su miseria recursos para encargarse de uno de esos desgraciados huérfanos, y yo, hijo de un hombre rico, no los hallaria para socorrer á este pequeñuelo? Sacrificaria con el mayor gusto todo el dinero que dedico á mis pequeños regalos, y mi padre no rehusará ayudarme: partamos para tranquilizar lo mas pronto posible á la familia.

Corren desde luego á la cabaña; el niño estiende sus bracitos hácia su jóven bienhechor, que lo abraza enajenado y dice á los parientes mas inmediatos: No tengais ya cuidado de este niño; yo me encargo de él, es mio. Buscad una buena nodriza lo mas cerca que podais del castillo, porque quiero estar en situacion de atender á sus necesidades.

Despues de este tiempo, el amable jóven no se ocupó en sus momentos de descanso, mas que de su protegido. Sacrificaba por él todo el dinero de que podia disponer. Mas tarde pagó su aprendisaje y lo puso en estado de ganar honrosamente su vida.

LAS CAMISAS NUEVAS.

Uno de los últimos arzobispos de Burdeos, el venerable Duviau-du-Bois-de-Sanzay, era de una caridad inagotable; daba todo á los pobres y nada se reservaba. Las personas que le servian no podian conseguir que dejara cosa alguna para cubrir sus propias necesidades. Casi no tenia ropa blanca interior y cuando le hablaban de que comprara nueva, siempre respondia: mas tarde; ya veremos.

Su recamarera, para procurársela, usó de esta ingeniosa astucia. Vengo á pediros ayuda, le dijo, para una buena obra. ¿Para cuál, mi buena Juanita? Estoy desde luego enteramente dispuesto para ella, ya que se trata de alguno por quien vos os interesais. Quisiera, con permiso vuestro, emplear mis ratos desocupados en hacer algunas camisas para un buen anciano que tiene urgente necesidad de ellas; estoy en la creencia de que seriais bastante bueno para dar la tela: seria esta una caridad muy oportuna; el anciano merece todas vuestras consideraciones y no tiene mas recursos que los que espera de vos.— Con todo

mi corazon, esclamó el buen arzobispo, esperad, ved ahí, 200 fracos es todo lo que me queda, tomadlos y haced las camisas á ese buen anciano, y si tiene otras necesidades, ocurrid á mí, no temais importunarme.

De este modo tuvo el arzobispo camisas nuevas.

UN PROPIETARIO GENEROSO.

Un propietario de la Croix-Rouve, tenia por arrendatario de una de las boardillas de su casa á un pobre jornalero padre de familia, de una conducta ejemplar. No habiendo recibido el propietario el valor de sus dos últimos plazos vencidos, fué á casa del arrendatario. Hubo mucho susto en la familia del jornalero. Este hombre tan honrado como desgraciado, estaba enfermo: no tenia recurso alguno, no podia pagar.

El propietario, despues de haberse informado por sí mismo de la situacion de su deudor, le dijo: no podeis permanecer aquí. El jornalero se puso pálido; habia creido por estas palabras, que el propietario lo arrojaba de la casa por no haber pagado. Nó, continuó el hombre benéfico, no podeis quedaros aquí; estais muy mal, vuestra familia es muy crecida; ireis á vivir dos pisos mas abajo, y tendreis dos piezas; la renta será la misma y me pagareis cuando querais.

RESPUESTA DE UN SABIO.

Se le tenia á mal á un sábio que hubiera dado limosna á un pícaro. La doy á su desgracia y no á su persona, contestó.

BENEFICENCIA Y PROBIDAD.

Vino una muger á manifestarle al cardenal de la Rochefoucauld que la iban á despedir con su hija de una pequeña habitacion que ocupaba en casa de un hombre rico, porque no le podia pagar cinco escudos. El estilo decente con que daba á conocer su desgracia hizo comprender al cardenal que no habia caido en ella sino porque la virtud le era mas apreciable que las riquezas. Escribió un billete y la comisionó para que se lo entregara á su intendente. Habiéndolo éste abierto, le entregó cincuenta escudos. Señor, le dijo la muger, yo no he pedido tanto á Monseñor y seguramente se ha equivocado. El cardenal, á quien ella devolvia su billete, dijo: verdad es que me equivoqué, y en lugar de cincuenta escudos escribió quinientos, que tomó empeño en que recibiera la virtuosa madre para casar á su hija.

EL JOYERO.

En 1794, madama de N..... habiendo perdido á su marido y todo cuanto tenia, se encontró en Paris sin medio alguno para subsistir y con cinco hijos de familia. Desde luego aquella valerosa muger procuró hallar recursos en el trabajo. Riveteaba zapatos; pero llegó á faltarle quehacer. Ocurió á un platero joyero vecino suyo, y le vendió una despues de otra todas las prendas de valor que habia conservado: eran una copa de concha, unos pendientes de oro, una cruz de diamantes y su anillo nupcial: finalmente, ya no le quedaba mas que su ropa. El honrado joyero ocurrió aun á auxiliarla. Cada semana le llevaba ella una pieza de ropa y le entregaba él lo que valia; ayudada con aquel recurso fué como pudo la animosa madre, sostener durante tres meses á su familia, cuando derrepente dejó de ir á casa del joyero. Este hombre de bien, primero se admiró y luego se inquietó. Se informó de la casa en que vivia la señora, dió con ella y fué á llamar á su puerta; una niña de corta edad le abrió. Pasaba esto en invierno, no habia fuego en el aposento: madama N.....medio oculta debajo de un cobertor de la cama, procuraba calentar á sus dos mas tiernos hijos, á quienes mojaba con sus lágrimas.

¿Y qué, madama, le dijo el jovero, por qué no vais ya á mi casa? ¿estais enferma?—Ya he vendido todo, lo he consumido todo, le res-

ponde madama de N....me veis reducida á mantenerme noche y dia debajo de este cobertor. ¿Podia ir á vuestra casa? No tenia para llevar á ella mas que lágrimas.—¡Desgraciada! ¿De qué vivis pues vos y vuestros hijos?—Nos alimentamos con el pan que el banco de beneficencia dá á los pobres; ese es nuestro único recurso; ni siquiera una poca de ropa para estos niños débiles!.... Madama, dijo al joyero, cobrad ánimo, esperad en el porvenir, mientras, escuchadme: habeis depositado en mi casa vuestros pendientes, vuestro anillo, vuestra cruz y ropa; he vendido todas esas alhajas, de las que he sacado 2,000 francos; aquí teneis esa cantiadad que os pertenece y que es preciso que acepteis. En cuanto al dinero que de mí habeis recibido, os ruego que lo considereis como un préstamo, como una simple anticipacion; este es un negocio que arreglaremos entre los dos, en tiempos mas felices. Dichas estas palabras, el joyero se marcha y desaparece sin esperar respuesta.

El agradecimento de Madama de N..... fué tan vivo como habia sido generosa la accion de su bienhechor. Lejos de avergonzarse de su miseria y de los socorros que acababan de aliviarla, refirió en todas partes su historia y suplicó á los periodistas que hicieran mension de ella.

Dos años despues, habiéndose mejorado su posicion, pudo pagar al joyero sus anticipaciones: la publicidad que habia dado ella á su historia atrajo á este hombre generoso una infinidad de parroquianos: hizo una brillante fortuna y pudo verdaderamente gozar de ella porque la debia á su virtud.

Caridad, beneficencia con los pobres.

No es menester ser rico para ser benéfico; la bondad nos proporciona placeres verdaderos que no se gastan, que se renuevan siempre, y cuyo recuerdo es un goce.

Los pobres tienen todavía mas mérito que los ricos al ejercer la

beneficencia; porque estos casi no dan sino lo superfluo, y los pobres para dar, tienen que tomar de lo necesario.

No hay situacion tan humilde en la que no se puedan crear deberes que por medio de la perseverancia llegen á ser grandes virtudes.

Las buenas acciones se aumentan con toda la modestia de su autor y con toda la sencillez que las acompaña. (Varios autores.)

LA DEUDA SATISFECHA.

Un jóven pintor llegó á Módena y careciendo de todo, suplicó á un pobre artesano que le buscara un alojamiento de poco costo. Le ofreció el artesano la mitad del suyo. Buscó en vano trabajo para aquel extrangero; el huésped no se desalienta, lo reanima y lo consuela. Cae enfermo el pintor, el artesano se levanta mas de mañana y se acuesta mas noche para ganar mas y proveer, en consecuencia, á las nesecidades del enfermo, que habia escrito á su familia; lo asistió el artesano en todo el tiempo de su enfermedad que fué bastante larga, é hizo todos los gastos necesarios. Algunos dias despues de estar curado, recibió el extrangero, de sus parientes, una cantidad de bastante consideracion, y quiso pagar al artesano; no señor, le respondió éste, es esta una deuda que habeis contraido en favor del primer hombre honrado que encontreis en la desgracia: yo le debia á otro este beneficio; acabo de pagarlo; no os olvideis de hacer otro tanto cuando se os presente la ocasion.

EL HERRERO.

Pasando Mr. C....hácia la media noche, por enfrente del taller de un pobre herrero, oyó los redoblados golpes del yunque. Entró, quiso saber que motivo le hacia trabajar hasta la media noche.

No es por mi por quien trabajo, dijo el herrero, sino por mi vecino Pedro; el desdichado ha sufrido un incendio y está sobre la paja